

1. La luz de la fe

a. Una imagen, una pregunta

“Recibid la luz de Cristo”. El día de nuestro Bautismo el sacerdote mostró a todos el cirio pascual y dijo estas palabras. Después uno de nuestra familia – nuestro padre – encendió una vela en el cirio. El cura entonces anunció una misión, un programa de vida: “A vosotros, padres y padrinos, se os confía acrecentar esta luz. Que vuestro hijo, iluminado por Cristo, camine siempre como hijo de la luz. Perseverando en la fe pueda salir con todos los Santos al encuentro del Señor”. El sentido de esta vela está en relación con lo que habían pedido al comenzar el bautizo: “¿Qué pedís para vuestro hijo? La vida eterna”. Pidieron la vida eterna y se les concedió la luz de Cristo.

Esto es la fe: una luz capaz de hacer la vida luminosa y cálida. Pero es una luz llamada a crecer, a inundar progresivamente todos los ámbitos de la vida. No se trata, por supuesto, solo de haces de fotones que golpean la piel y los ojos. La luz está en relación con la vida, con el conocer y con el amar. “No lo veo”, decimos a menudo para manifestar que no entendemos o no compartimos algo. O bien opinamos de un libro que es “oscuro”, es decir, confuso o complicado. Y lo mismo respecto al amor: entre la multitud de la fiesta, solo vemos al amigo: a su lado los demás parecen estar en penumbra.

b. Algo de historia

Pero, ¿es la fe una luz? ¿No es más bien un salto al vacío, una confianza ciega? Más que luz, ¿no es una venda que es preciso ponerse en los ojos?

No era esto para los primeros cristianos, que dialogaron con la filosofía griega de su tiempo. La fe que habían recibido era fuerte: podía resistir el encuentro con la razón de los filósofos e iluminarla. Percibían ya la sintonía entre el Dios revelado en Jesucristo y la creación entera: intuían que “actuar contra la razón es contrario a la naturaleza de Dios” (Benedicto XVI, *Discurso en la Universidad de Ratisbona*). Con el paso del tiempo, la reflexión de los cristianos fue adquiriendo estructura y sistematización. En la Edad Media llegaron las grandes Sumas que recogían los temas principales de la teología. Con el siglo XVI llegó la objeción de la Reforma protestante. Para Lutero, la tradición teológica escolástica había encerrado la fe en una gran estructura filosófica. Era preciso recuperar la forma primordial de la fe, tal como se encuentra en la Palabra bíblica (*sola Scriptura*). La filosofía, los razonamientos metafísicos... son obra meramente humana. La fe debe liberarse de ellos para volver a ser ella misma y mostrarse como ese acto de confianza en Dios, poniéndose en sus manos ciegamente.

Kant llevó este principio al extremo, desde el otro punto de vista. Según nos relata, para dejar espacio a la fe, tuvo que renunciar a pensar. El dios de los filósofos, según la distinción de Pascal, parece irreconciliable con el Dios de Abraham, Isaac y Jacob. La fe parece ser una cuestión de confianza, como lo muestra el ejemplo de la apuesta de Pascal: “Es necesario elegir. (...) Pesemos la ganancia y la pérdida, eligiendo (cara o) cruz para el hecho de que Dios existe. Si ganas, lo ganas todo; si pierdes, no pierdes nada. Apuesta que Él existe, sin titubear”. ¿Debemos reducir nuestra fe a una mera apuesta? ¿Dónde queda entonces la luz que nos da la fe?

A veces nos parece que es mejor así: nos resulta más cómodo pensar poco y evitar que surjan dudas e inquietudes. Nos atrae la fe del carbonero. Tenemos así nuestra primera pregunta: ¿Es razonable la fe? ¿Resiste el embate de las preguntas del hombre, de su búsqueda de sentido? ¿Se puede entender?

Pero no podemos detenernos aquí: como luz para el camino, la fe pide ser mucho más. Propio de la luz es derramarse por la vida iluminándolo todo, mostrando sus colores, sacando el brillo a cada cosa. Con ella podemos ver la belleza de lo que en medio de la noche solo eran sombras y perfiles.

La fe tiene que ver, por tanto, con los ojos, con la mirada con que nuestro corazón se dirige a lo cotidiano. Será esta la segunda cuestión.

c. A la luz de la Escritura

¿Qué nos dice la Escritura sobre esta imagen? Desde su primera hasta su última página, la Escritura no deja de hablar de la luz. Es un tema privilegiado. Todo comenzó cuando Dios dijo: “que haya luz”, y todo concluirá con la última venida del Señor, cuando no haya ya necesidad de luz de lámpara o del sol, porque Dios será la luz para todos (Ap 21, 23). Entre la luz inicial y la definitiva, la historia de la salvación es un drama en el que la luz lucha contra las tinieblas.

Dios es el creador de la luz, que es su primera criatura (Gen 1, 1-5). Dios la envía, la llama hacia sí, y esta obedece (Bar 3, 33). En este primer sentido, toda la creación, tanto la luz como las tinieblas, alaba al Señor (Sal 19, 2; 148, 3; Dn 3, 71). Pero la luz es una criatura muy especial, pues su presencia hace posible la visión: esta singular comunicación entre los seres.

En realidad, Dios no solo crea la luz: Él mismo es luz (Sab 7, 27). Ella es como el vestido de Dios: el reflejo de su gloria y la impronta de su ser (Sal 104, 2). Igual que la luz, Dios penetra hasta el fondo con su mirada en las cosas y en nosotros. Él comprende lo ocurrido, ve la esencia. No hay para él territorios ocultos. Cuando nosotros conocemos, penetramos en las cosas desde fuera. Dios, sin embargo, conoce todo desde su origen, pues ha salido de sus manos. Dios nos conoce como creador: no solo nos “da a luz”, sino que nos ha modelado con sus manos en el vientre de nuestra madre. El Salmo 138 festeja este conocimiento fascinante que Dios tiene de nosotros: “Señor, tú me sondeas y me conoces. Me conoces cuando me siento o me levanto, de lejos penetras mis pensamientos; distingues mi camino y mi descanso, todas mis sendas te son familiares (...). Si digo: *Que al menos la tiniebla me encubra, que la luz se haga noche en torno a mí*, ni la tiniebla es oscura para ti, la noche es clara como el día, la tiniebla es como luz para ti” (Sal 138, 1-3; 11-12). El fruto de este conocimiento divino es el agradecimiento. Por ser luz, Dios nos conoce por completo, y esto nos llena de esperanza: “Tú has creado mis entrañas, me has tejido en el seno materno. Te doy gracias porque me has plasmado portentosamente, porque son admirables tus obras: mi alma lo reconoce agradecida, no desconocías mis huesos...” (Sal 138, 13-15). “Si uno dice simplemente *luz* y deja que la palabra llegue a su plenitud prístina, entonces dice *Dios*” (R. Guardini, *Verdad y orden III: Homilias universitarias*, Guadarrama, Madrid 1960, 77).

La historia de Israel conoce también el misterio de Dios en la luz. Es una luz que se presenta como zarza ardiente ante Moisés (cfr. Ex 3, 1-19), y le da una misión. Tras salir de Egipto, el Señor caminaba delante de los hijos de Israel: “de día, en una columna de nubes, para guiarlos por el camino; y de noche, en una columna de fuego, para alumbrarlos” (Ex 13, 21-22). De esta forma, Dios es luz que se derrama sobre su pueblo y lo guía paso a paso, de día y de noche. Se trata de una luz que transforma al hombre. Así lo vemos en Moisés, cuyo rostro brillaba radiante cuando regresaba de hablar con el Señor (cfr. Ex 34, 27-35).

Así pues, la luz de Dios se manifiesta en su mirada sobre el hombre. Si aparta su mirada, perdemos la luz y con ello, el camino y la felicidad. “¿Quién nos hará ver la dicha si la luz de tu rostro ha huido de nosotros?” (Sal 4, 7). Dios nos mira y nos da luz, pero no puede ser mirado. La luz de su rostro es tan poderosa que nadie puede verlo y seguir viviendo. Solo a Moisés se le concedió este don. A Israel se le promete ver el rostro de Dios, pero al acabar esta peregrinación. “Envíame, Señor, tu luz y tu verdad. Que ellas me guíen y me conduzcan hasta tu monte santo, hasta tu morada” (Sal 43, 3).

En este camino, Israel vive en la tensión de la promesa de una luz nueva. Es un pueblo que, caminando en tinieblas, ve una luz grande. “Habituaba en tierra y sombras de muerte, y una luz les brilló” (Is 9, 1-2).

Jesucristo es la Luz del mundo (cfr. Jn 1, 8-12; 3, 19-21; 8, 12; 12, 35). Como tal, realiza un juicio: ilumina lo oscuro y pide un cambio de vida: pide conversión. “La luz vino al mundo, y los

hombres prefirieron la tiniebla a la luz, porque sus obras eran malas” (Jn 3, 19). En el Credo proclamamos a Cristo como “Dios de Dios” y “Luz de Luz”, es decir, como Alguien no inferior, sino de igual dignidad que el Padre: reflejo de su Gloria. Por eso, si Israel no podía ver la luz de Dios y seguir viviendo, ahora en Jesús podemos contemplar su Gloria, la luz de su presencia. Encontramos la mirada penetrante de Dios en unos ojos humanos.

Así como la Creación comenzó con la luz, el ministerio de Cristo es fuente de luz. No se trata solo de la que hace ver al ciego de nacimiento (cfr. Jn 9), sino mucho más, de la luz que regenera el corazón, que es la luz del hombre. Por eso, la venida de Cristo como Luz del mundo, transforma al discípulo en luz. “Vosotros sois la luz del mundo” (Mt 5, 14). Los primeros cristianos vivieron esta experiencia radical: “El Dios que dijo: *Brille la luz del seno de las tinieblas* (Gen 1, 3; Job 37, 15) ha brillado en nuestros corazones para que resplandezca el conocimiento de la gloria de Dios, reflejada en el rostro de Cristo” (2 Cor 4, 6). Por eso, podemos dar gracias al Padre, que nos ha hecho capaces de “compartir la herencia del pueblo santo en la luz” (Col 1, 12).

El tesoro de esta herencia es una llamada a explicar la fe, a mostrar su belleza y su correspondencia con las aspiraciones del hombre. De ahí la hermosa exhortación de san Pedro: “Esforzaos por dar razón de vuestra esperanza” (1 Pe 3, 15).

Este empeño por dar razón se fundamenta en la grandeza del don recibido: de la fe brota una mirada renovada sobre la vida y un nuevo modo de caminar. “Este es el mensaje que le hemos oído a él y os anunciamos a vosotros: Dios es luz y en él no hay tinieblas (...). Si andamos en la luz, como él está en la luz, estamos en comunión los unos con los otros, y la sangre de Jesús, su Hijo, nos purifica de todo pecado” (1 Jn 1, 5-7). “El que dice que está en la luz y odia a su hermano, está aún en las tinieblas. El que ama a su hermano, permanece en la luz y no hay en él ocasión de pecado” (1 Jn 2, 8-11).

Así pues, la Escritura nos habla de principio a fin acerca de la luz. El fin se nos presenta como la aurora, ya cercana. “La noche está avanzada, el día está cerca: dejemos, pues, las obras de las tinieblas y pongámonos las armas de la luz. Andemos como en pleno día, con dignidad” (Rom 13, 12-13; cfr. 2 Cor 11, 14; Ef 5, 9). Entonces, nos dice san Juan, verán su rostro y llevarán su nombre en la frente: “Ya no habrá más noche, y no tienen necesidad de luz de lámpara ni de luz del sol, porque el Señor Dios los iluminará y reinarán por los siglos de los siglos” (Ap 22, 4-5).

d. Para dar vida en el mundo

Tras este breve repaso de la Escritura, podemos retomar nuestras dos cuestiones: la doble conexión de la fe con la razón y con la vida. El dato originario de la Escritura es que la fe, como la luz, es un don que se recibe, una herencia a acoger. Nadie puede darse la fe a sí mismo. Nos viene siempre de fuera. Pensemos en lo que significa “dar a luz”. Todo ser humano lo ha experimentado. Vivía en la oscuridad del seno materno, hasta que llegó la hora y su madre lo dio a luz, es decir, lo trajo al mundo, al encuentro con los demás. Con la fe ocurre algo semejante: el Bautismo es un segundo nacimiento, un nuevo dar a luz en el que recibimos una nueva vida y nuevas relaciones. La pila bautismal tiene por eso forma de útero materno: en ella la Iglesia Madre engendra a los hijos de Dios.

d.1. El don de la fe. La fe se recibe. Y se recibe en el encuentro con otros. El niño recibe la vida y la fe a través de sus padres. Nuestra vela procede de otras velas que, a su vez, fueron encendidas en el Cirio Pascual, es decir, en Cristo. La luz nos llega a través de nuestros padres, en nuestra familia, que es el lugar de los mejores regalos. Por eso, podríamos decir, la fe es una vela, pero no una cerilla: un fósforo se puede encender por sí solo, con independencia del resto, pero solo es posible encender una vela, si tenemos otra encendida. Así se transmite la fe: como una vela enciende una vela.

La fe es una luz que procede del Cirio Pascual, es decir, de Cristo. Por eso, la fe no se reduce a un conjunto de dogmas o verdades, ni a una moral. Implica todo eso, claro, pero es ante todo “el encuentro con un acontecimiento, con una Persona” – Cristo Resucitado – “que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (*Deus Caritas Est*, 1). Esto es la fe: un encuentro con Cristo al que accedemos, ya lo sabemos, a través de nuestros padres: ellos sostienen la vela de la fe hasta que nosotros somos capaces de tomarla en nuestras manos.

d.2. El acto de la fe. Este encuentro pide una respuesta. Jesús no fuerza la cerraduras; invita. De esta manera, la fe es un **don** que se transforma en **acto** de respuesta. “La fe es la respuesta del hombre a Dios que se revela y se entrega a él, dando al mismo tiempo una luz sobreabundante al hombre que busca el sentido último de su vida” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 26).

Lo que hace Dios es revelarse: nos habla de sí mismo, nos ofrece su amistad y, como consecuencia, nos revela verdades sobre Él, sobre el mundo y sobre el hombre. Por eso, la respuesta es, a un tiempo, “adhesión personal a Dios y asentimiento libre a la verdad que Él ha revelado” (*Catecismo*, 150).

Desde esta perspectiva entendemos mejor la conexión de la fe con la razón. No se trata primariamente de creer unas verdades, sino de creer en Dios y entregarse a Él (adhesión personal). A partir de aquí, es posible acoger esas verdades e investigarlas (asentimiento libre). El don del encuentro con Cristo se convierte ahora en tarea: ¡Piensa, investiga! Nuestro afán por comprender se basa en el deseo de conocer mejor al Amigo que ha salido a nuestro encuentro. No hay miedo, por tanto, al principio de Kant: *Sapere aude!* (Atrévete a saber). Para recibir de veras el don, es preciso que lo hagamos nuestro, que lo pongamos a prueba y le permitamos mostrar su fuerza luminosa. Surgirán, sin duda, dificultades y preguntas pero, como decía el cardenal Newman, “diez mil dificultades no hacen una sola duda” (*Apologia pro vita sua*). No hay temor, pues actuar contra la razón es contrario a la naturaleza de Dios. Bien encauzado, este conocimiento suscitará a su vez una fe más encendida. “Creo para comprender”, resumía san Agustín, “y comprendo para creer mejor”.

Pero, ¿qué tipo de conocimiento es la fe? ¿Qué significa “creer”? En nuestro lenguaje identificamos a menudo *creer* con *opinar*: “Tú, ¿qué crees? ¿Llegará mañana la carta?”. Sin embargo, cuando decimos “Creo en Jesucristo”, no manifestamos una opinión. La fe – creer – no es una simple opinión. Tiene motivos más sólidos y raíces más profundas. Nuestras opiniones pueden modificarse. Pero si la fe cambia, cambia nuestra identidad. La fe no es una mera opinión, pero tampoco es una evidencia. Ante lo que es patente a nuestros ojos o a nuestra inteligencia no es necesaria la fe. Entre la opinión y la evidencia, ¿qué tipo de conocer se nos ofrece con la luz de la fe?

La fe es una certeza. No es una evidencia, una presencia indudable, y por ello, exige confianza y fidelidad. Pero no es mera opinión, llena de dudas y sometida a los vaivenes de la vida. La Carta a los hebreos nos ofrece una definición concisa: “La fe es la garantía de los bienes que se esperan y plena certeza de lo que no se ve” (Hb 11, 1). O en palabras del papa, la fe es “una certeza que va más allá de toda duda, de toda oscuridad y de toda desolación” (Benedicto XVI, Audiencia general, 14 de septiembre de 2011).

d.3. La vida de la fe. Así pues, la fe no es un salto al vacío sino que es luminosa: está llena de buenas razones. Pero, ¿qué significa esta luz para nuestra vida cotidiana? Hemos visto que Dios es Luz que lo penetra todo. Nada le está oculto. En Cristo, esta luz nos llega en un rostro humano y amigo. Recibir la luz de la fe significa entrar en la mirada de Dios, accesible en Jesucristo. En el Bautismo recibimos ojos nuevos para ver el mundo desde la perspectiva y profundidad de Dios.

¿Qué significa esto? Desde la luz de la fe entendemos el origen y la meta de todas las cosas, personas y acontecimientos. Proceden de las manos de Dios y están llamadas a crecer y a caminar hacia Él. Aprender a mirar como Cristo mira significa descubrir la llamada de Dios en cada cosa y acontecimiento. De este modo, la fe ilumina toda la realidad, hasta el último rincón: la familia, el

trabajo, el colegio, la universidad, las amistades... y también la medicina, el periodismo, el arte, la cocina, la filatelia y el derecho. No hay ámbito que no reciba esta luz de la fe.

La luz de la fe ilumina las cosas de un modo singular. No deslumbra, cegándonos, y tampoco desfigura la realidad. Pensamos a veces que la fe es como esas gafas con cristales coloreados que nos muestran todo desde una tonalidad. Todo depende del cristal con que se mire. Pero no es así. La luz de la fe no modifica los colores de las cosas, sino que nos permite ver la realidad en sí misma, con toda su belleza.

El fruto de esta luz es una vida nueva. Los ojos de la fe nos permiten andar de un modo nuevo, como hijos de la luz. No se trata de un camino fácil, sino uno llena de amenazas. La llama de la fe lucha con las tinieblas. Basta la lluvia o un soplo de viento para apagarla. Por eso, como luz, la fe pide vigilancia, es decir, que nunca demos por hecho nuestra fe.

e. Conclusión

“Recibid la luz de Cristo”. El día del Bautismo de nuestros hijos el sacerdote mostró a todos el cirio pascual y nos dijo estas palabras. Después nosotros encendimos una vela en el cirio, signo de Cristo Resucitado. Recibid la luz y así transformaos en luz: dad luz. La fe se comunica por contagio, como una vela enciende a su compañera. Nos lo decía el papa hace uno año: “Tener fe es apoyarse en la fe de tus hermanos, y que tu fe sirva igualmente de apoyo para la de otros” (*Homilía de Benedicto XVI, Santa Misa para la XXVI JMJ*, Madrid, 21 de agosto de 2011). Así como recibimos la luz, así ahora podemos “dar a luz” para la vida y para la vida colmada que trae la fe. Esta es la fecundidad de nuestra vida: engendrar en la carne y en el Espíritu. Así alcanzamos la madurez: somos generados plenamente cuando generamos a otro.

La fe nos introduce así en una cadena de luz. No solo es razonable, sino que nos permite dar verdadera razón de cuanto existe: de su origen, su destino y el camino entre ambos. A través de ella entramos en la luz de Dios y participamos así de su mirada sobre la realidad. Por la fe, entendemos mejor el estribillo que el libro del Génesis repite cuando comenzó el mundo: “Y vio Dios que era bueno” (Gen 1, 12).

- Tres preguntas para el coloquio

1. “Estad siempre prontos para dar razón de vuestra esperanza a todo el que os la pidiere” (1 Pe 3, 15). Sin duda, los primeros que nos piden esto son nuestros hijos. ¿Qué prácticas familiares pueden ayudarnos a en esta tarea? ¿Cómo podemos llegar a alcanzar esa “prontitud”?

2. La fe tiene ojos. No es confianza ciega ni mero ejercicio racional sino, decía Agustín, “*cum assensu cogitare*”, un pensar con asentimiento, un movimiento de la voluntad y de la inteligencia, es decir, de todo el hombre: del corazón. ¿En qué consiste esa visión de la fe cuando la aplicamos a lo cotidiano? ¿Cómo ayudarnos unos a otros a trabajarla paso a paso?

3. El papa nos ha pedido que profundicemos en el reto de la nueva evangelización. Si la fe se transmite como una vela, a través de ese cálido contacto que multiplica la luz, ¿cuál es la misión de la familia en esta nueva evangelización?

- Compromiso de equipo

- Para los interesados en más:

BENEDICTO XVI, *Discurso en la Universidad de Ratisbona*, 12 de septiembre de 2006 (*Fe, razón y universidad*):

http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/speeches/2006/september/documents/hf_ben-xvi_spe_20060912_university-regensburg_sp.html

GUARDINI R., *Paisaje de eternidad*, Monte Carmelo, Didaskalos, Burgos 2011, 147-161 (El fenómeno de la luz en la Divina Comedia”)